

Amanda Labarca

## Evolución de la segunda enseñanza

Los siglos XVII y primera mitad del siguiente asisten a una contienda singular por el monopolio didáctico, librado en Francia, no entre Iglesia y Estado, que éste aun no pretendía dirigirla, sino entre las órdenes religiosas enseñantes (1).

La de Loyola se había asegurado los más altos privilegios por su talentosa constitución, la habilidad de sus jefes y la esmerada erudición de sus maestros. Sentíase protegida por el monarca y aspiraba nada menos, que ejercer un monopolio completo. Se lo disputaron, primero, los jansenistas; después la Orden del Oratorio. De esta competencia, emergieron doctrinas pedagógicas de fecundos resultados. Debemos a los primeros el énfasis colocado sobre la impartición de la lengua materna como base para la de cualquiera otra y la colocación de las matemáticas en un lugar

---

(1) Luis XIV fué celoso de sus prerrogativas de monarca absoluto y la «Declaración de los cuatro artículos» redactada por Bossuet en 1682, confirmaba los derechos que desde 1516 tenía el monarca para nombrar a los miembros del sacerdocio francés.

preferente del programa. Pretendieron, asimismo, basar la enseñanza de la filosofía, no en la escolástica, sino en las doctrinas de Descartes, proclamadoras de la razón lógica como único instrumento de la ciencia.

Por estas y otras razones, Port Royal se convirtió en el blanco de múltiples ataques, sobre todo de los jesuitas, que lograron, a la postre, la disolución de la orden y que se les adjudicaran a ellos los establecimientos fundados por sus rivales. El «Colegio Luis el Grande», llegó, de este modo, a su poder convirtiéndose luego en el más aristocrático del siglo XVII.

Sobrevivieron los oratorios que preconizaron como los jansenistas la importancia de la enseñanza de la lengua materna, y que añadieron la de historia patria. Gracias a su obra, Francia fué el primer país que toma conciencia de sus valores culturales en la escuela, y que acentúa de este modo su importancia en el ánimo juvenil.

«Los jóvenes que frecuentan la universidad repiten los nombres de los cónsules de Roma y a menudo ignoran la de nuestros reyes—decían—saben los grandes hechos de Temístocles y Alcibiades y desconocen los de Dugesclin y de Bayardo... en una palabra, no les han impresionado los hombres que han contribuido a la gloria de nuestra nación» (1). Se aplicaron a investigar la historia patria y a enseñarla, cosa que

(1) Véanse: Perrault, «L'oratoire de France au XVII T. siècle» y Farrington, «French Secondary Schools».—Cap. III; del Renacimiento a la Revolución.

no era en modo alguno fácil, porque no la conocían ni siquiera los más doctos maestros de la época. La Universidad de París—sobre la que ejercía amplia jurisdicción el Arzobispado—y que a la sazón no diferenciaba entre cursos secundarios y superiores, tuvo como Rector a mediados del siglo XVII a Rollin, estimado como uno de los más valiosos reformadores. Inspirábase en parte en las doctrinas de Port Royal y del Oratorio. Se daba cuenta de la importancia del idioma y de la historia patria, pero en su «*Traité des études*» confesaba hidalgamente no conocerlas. El programa que trazó era minucioso en la Historia Sagrada y en la Antigua, pero añadía: «No me parece posible hallar tiempo para dedicarlo a la Historia de Francia... Confieso que no me he aplicado suficientemente a ella, y me avergüenza confesar que soy en cierto modo un extranjero en mi país, después de haber viajado por tantos».

La tercera rival de los jesuitas era la Universidad de París que debido a la atracción que ellos ejercían sobre la nobleza y el Rey, vino muy a menos. Carecía de fondos para pagar a los profesores que, aunque clérigos en su inmensa mayoría, necesitaban naturalmente, recibir un estipendio. De aquí la necesidad de exigirlos a los estudiantes. En cambio, los colegios jesuitas proporcionaban instrucción gratuita. Por otra parte, desde el siglo XII y bajo la tuición del Precentor de la Iglesia de Notre Dame de París, existían las Escuelas de Gramática o «*petites écoles*» que

habían ido aumentando en número, a la vez que ensanchaban su programa hasta incluir lenguas y filosofía. De esta suerte, se erguían como rivales de la Universidad. Reclamó ésta de tal invasión a Luis XIV, quien firmó un edicto reduciéndolas a un ciclo de estudios primarios: «que no enseñen más que a leer, escribir y los elementos del latín, y que no reciban alumnos de más de nueve años». El Precentor obtuvo, sin embargo, que se aceptaran excepciones que virtualmente dejaran sin efecto la real orden.

Los programas de las escuelas de la Universidad de París incluían en aquella época muy poco más que lenguas latina y griega, a veces hebreo, filosofía y un poco de matemáticas. La finalidad que anhelaron imprimirle sus mejores Rectores se infiere del «Tratado de Estudios» compuesto por Rollin: cultivo de la mente, desarrollo del carácter y formación del hombre cristiano.

Se advierte aquí ya con claridad que de haber sido las Escuelas de Gramática y de Filosofía a comienzos de la época moderna, preparatorias para la carrera eclesiástica, se habían convertido, bajo la influencia del Renacimiento, del humanismo, y de la ilustración de las cortes, en colegios destinados a iniciar a los jóvenes en la cultura estimada superior.

La aparición del «Emilio» de Rousseau, en 1762, coincidió con la expulsión de los jesuitas de Francia. Ambos desencadenaron un huracán de críticas, anhelos reformistas y proyectos que suministraron a los re-

volucionarios de 1789 casi todas sus teorías pedagógicas, y a Napoleón la base para las grandes reformas que imprimieron una organización del todo diferente al sistema total.

b) En Inglaterra el concepto de enseñanza secundaria, influido por el Renacimiento y por las revoluciones políticas del siglo XVII, derivó del pensamiento clásico y la cultura protestante, injertada en el carácter inglés. Oxford y Cambridge fueron sus inspiradoras. El humanismo les aportó la literatura clásica; la Reforma, la consagración al estudio del hebreo y de la Biblia.

La St. Paul's School de Londres es típica en las escuelas de gramática inglesas. La fundó en las cercanías de 1510, el Deán de San Pablo, John Colet. En los parques de la Catedral, se erigieron los edificios para profesores y estudiantes y la dotó el fundador con su fortuna personal. Se puso la administración en manos del Gremio de los Merceros al que pertenecía el padre del Deán. Colet dispuso las condiciones de entrada y el programa. Se admitía a los alumnos que fueran capaces de escribir y hablar latín e inglés y se les ponía en contacto con rudimentos de griego, con literatura latina, los libros de los padres de la Iglesia y los humanistas modernos como Erasmo.

Las características principales de las escuelas inglesas de gramática de estos siglos son resumidas así por John F. Brown en su libro «The American High School» (p. 5).

«1.º) Las dominaban el espíritu y los ideales de las universidades y eran esencialmente sus preparatorias, aun cuando la frecuentasen algunos jóvenes que no intentaban continuar estudios superiores.—2.º) Constituía el eje de su programa las lenguas clásicas, especialmente latín, aunque en las clases inferiores se ocupaba bastante tiempo en enseñar lectura, escritura y aritmética.—3.º) Los eclesiásticos y la Iglesia las influían, porque en ellas se preparaba a los futuros sacerdotes.—4.º) Las frecuentaban sólo la clase media y la superior, pero no en gran escala.—5.º) En gran parte se costeaban con sus fondos propios, aunque la mayoría fijaba altos estipendios de matrícula.—6.º) Eran administrados y aun costeados por individuos, gremios o congregaciones, nunca por el Estado».

Desde el siglo XVII comenzaron las «Academias» a rivalizar con las Escuelas de Gramática. Sus promotores fueron los sacerdotes «no conformistas» expulsados de las universidades y de sus cargos, hombres eruditos, letrados y sabios que les dieron un programa que incluía mayores conocimientos que las tradicionales Escuelas de Gramática: lógica, filosofía, ética, retórica y teología. Intentaban, además, preparar para la vida de las altas empresas de la clase media y superior.

La nobleza del reino acudía en su mayor número a las *English Public Schools*, todo lo contrario de su traducción literal en castellano, porque son Eton, Winchester, Rugby, etc., es decir, los establecimientos secundarios más exclusivistas. Los hidalgos y los bur-

gueses enriquecidos aprendían ahí artes liberales y practicaban, sobre todo, buenas maneras y deportismo con la intención moral de juego limpio (Fair play), que tiene el término inglés. El ideal era formar al caballero, no al erudito y para conseguirlo subrayaron la formación de las maneras distinguidas, el propio respeto y la excelencia en los juegos deportivos. Su régimen de internado y de tutoría, tradicional ya en el siglo XVIII, que permite la convivencia de maestro y alumno en la misma atmósfera, es el ejemplo más decisivo de la posibilidad de fijar ciertos ideales y hábitos por medio de la educación.

c) Los siglos XVII y XVIII alemanes vivieron en sus pequeños principados bajo la influencia del Rey Sol. «Los nobles teutones afectaban hablar y escribir en francés. Gustaban sólo las letras francesas. Mandaban a sus hijos a educarse en Francia o mantenían preceptores franceses en sus casas. Despreciaban lo nacional y admiraban todo lo extranjero. Saber los últimos caprichos, modas y costumbres de París, esto era lo más importante» (1).

Mas al mismo tiempo desarrollábase en ella una clase media industrial, comerciante, para la preparación de cuyos hijos las Ritterakademien, calcadas de Francia, resultaban artificiosas y vanas. Añádase también que en tales colegios exclusivos, el hijo

---

(1) James Russel, «German Higher Schools». Obsérvese la similitud extraordinaria de esta actitud con la de los americanos del sur en el siglo XIX y principios de éste.

de un burgués no tenía cabida. Consiguieron, pues, la fundación de otros, en que se reemplazara la instrucción puramente dialéctica y retórica por asignaturas más de acuerdo con las exigencias cotidianas.

Reforzaban sus anhelos: a) las doctrinas de pedagogos tan eminentes como Juan Amos Comenio, que ya a mediados del siglo XVII (1) sugería como uno de los objetivos fundamentales de la educación el conocimiento del hombre actual y de su ambiente; b) el gran impulso dado al estudio de la naturaleza por el método inductivo que preconizaron Bacon y Descartes; y c) a fines del siglo, el movimiento pedagógico de los pietistas, sobre todo de Franke, Semler y Hecker. En 1747, éste abrió en Berlín una «Escuela Real Económico-matemática», precursora de las *Realschulen* modernas (2). Su programa contenía ética, alemán, francés y latín, escritura, aritmética, dibujo, historia y geografía y los elementos de la geometría, mecánica y arquitectura; amén de una serie de cursos operativos que deberían servir a aquellos jóvenes que, no teniendo preferencia por ningún estudio especial, son «aptos para escribir, comerciar, arrendar y cultivar terrenos, dedicarse a las bellas artes y a trabajos manufactureros, dándoles las bases y directivas para aprender rápidamente y con provecho esos oficios».

Por último, en la segunda mitad del siglo XVIII,

---

(1) Concluyó su «Didáctica Magna» en 1632; fué publicada en latín el año 1657.

(2) Russel, «German Higher Schools», pág. 64.

el gran movimiento nacionalista, voceado por los poetas y filósofos de esa generación, proclamó la necesidad de convivir con su propio suelo, con su propio tiempo, con sus propias gentes. «Cuanto pertenece a la naturaleza de nuestra raza, dice Herder, todos los medios posibles para su adelanto y progreso, deben ser los objetos a que tienda el hombre. Puesto que nuestra raza necesita laborar su propio destino, ninguno de sus miembros tiene derecho a permanecer ocioso. Todos debemos participar en la alegría y la pena común; sacrificar voluntariamente nuestra cuota de razón, nuestra pizca de actividad al genio de la raza. Todos llevamos un ideal de lo que deberíamos ser y no somos. Conocemos el lastre que hay que arrojar y la perfección que hay que adquirir. Y puesto que solamente podemos llegar a ser lo que deberíamos, gracias a nosotros mismos y a los que nos rodean, de los que recibimos y a quienes prestamos ayuda, nuestro ser llegará a unirse con la humanidad de los demás».

Pese a las campañas de los continuadores de Francke y de Comenio, pese a la dilatada e indiscutible influencia racionalista de Wolf y al neohumanismo de la escuela de Herder, la tradición escolástica de los gimnasios alemanes persistió durante toda la primera mitad del siglo XIX, al amparo de un régimen político conservador. La tendencia moderna logró arraigarse sólo en las cercanías del siglo XX.

5. *Escuelas técnicas.*—Los oficios y las artes transmitiéronse durante estos siglos a la usanza tradi-

de un burgués no tenía cabida. Consiguieron, pues, la fundación de otros, en que se reemplazara la instrucción puramente dialéctica y retórica por asignaturas más de acuerdo con las exigencias cotidianas.

Reforzaban sus anhelos: a) las doctrinas de pedagogos tan eminentes como Juan Amos Comenio, que ya a mediados del siglo XVII (1) sugería como uno de los objetivos fundamentales de la educación el conocimiento del hombre actual y de su ambiente; b) el gran impulso dado al estudio de la naturaleza por el método inductivo que preconizaron Bacon y Descartes; y c) a fines del siglo, el movimiento pedagógico de los pietistas, sobre todo de Franke, Semler y Hecker. En 1747, éste abrió en Berlín una «Escuela Real Económico-matemática», precursora de las *Realschulen* modernas (2). Su programa contenía ética, alemán, francés y latín, escritura, aritmética, dibujo, historia y geografía y los elementos de la geometría, mecánica y arquitectura; amén de una serie de cursos operativos que deberían servir a aquellos jóvenes que, no teniendo preferencia por ningún estudio especial, son «aptos para escribir, comerciar, arrendar y cultivar terrenos, dedicarse a las bellas artes y a trabajos manufactureros, dándoles las bases y directivas para aprender rápidamente y con provecho esos oficios».

Por último, en la segunda mitad del siglo XVIII,

---

(1) Concluyó su «Didáctica Magna» en 1632; fué publicada en latín el año 1657.

(2) Russel, «German Higher Schools», pág. 64.

el gran movimiento nacionalista, voceado por los poetas y filósofos de esa generación, proclamó la necesidad de convivir con su propio suelo, con su propio tiempo, con sus propias gentes. «Cuanto pertenece a la naturaleza de nuestra raza, dice Herder, todos los medios posibles para su adelanto y progreso, deben ser los objetos a que tienda el hombre.. Puesto que nuestra raza necesita laborar su propio destino, ninguno de sus miembros tiene derecho a permanecer ocioso. Todos debemos participar en la alegría y la pena común; sacrificar voluntariamente nuestra cuota de razón, nuestra pizca de actividad al genio de la raza. Todos llevamos un ideal de lo que deberíamos ser y no somos. Conocemos el lastre que hay que arrojar y la perfección que hay que adquirir. Y puesto que solamente podemos llegar a ser lo que deberíamos, gracias a nosotros mismos y a los que nos rodean, de los que recibimos y a quienes prestamos ayuda, nuestro ser llegará a unirse con la humanidad de los demás».

Pese a las campañas de los continuadores de Francke y de Comenio, pese a la dilatada e indiscutible influencia racionalista de Wolf y al neohumanismo de la escuela de Herder, la tradición escolástica de los gimnasios alemanes persistió durante toda la primera mitad del siglo XIX, al amparo de un régimen político conservador. La tendencia moderna logró arraigarse sólo en las cercanías del siglo XX.

5. *Escuelas técnicas.*—Los oficios y las artes transmitiéronse durante estos siglos a la usanza tradi-

cional: el aprendiz se acogía al taller de un maestro, calificado como tal por su gremio. El Renacimiento y la Reforma influyeron enérgicamente en el progreso de las Bellas Artes y de ahí que éstas sean las primeras en reconocer la necesidad de una enseñanza metódica de su refinada y minuciosa técnica.

Las Academias de Arte que florecieron desde el siglo XV, con carácter de establecimientos privados y la Academia Real de Pintura, de Francia, fundada en 1648, como institución pública, subvencionada por el Estado para la formación de artistas pintores y escultores, son las iniciadoras de esta transmisión sistemática. Desde 1666 los laureados de la Academia Real reciben el estímulo de una permanencia becada en la «Academia de Francia», fundada por ésta en Roma.

En el mismo siglo, se erige la «Escuela de la Academia de Arquitectura» de París (1671), ejemplo seguido muy de cerca por las grandes ciudades, donde florecían ya varias semejantes a principios de la centuria siguiente.

La música no recibe igual atención, sino mucho más tarde, bajo el reinado de Luis XVI, con la Escuela Real de Canto y Declamación (1784), que se convirtió en el actual Conservatorio Nacional de Música y Declamación de París, en 1795 (1).

Enrique II, en el siglo XVI, al establecer los talleres de tapicería en Francia, proveyó a la formación

---

(1) Atlas de l'Enseignement en France. (1933).

de los «*Enfants Bleus*», aprendices cuyo adiestramiento técnico estuvo a cargo de artesanos eminentes.

Colbert siguió una política semejante al crear la «*Manufacture Royale des Meubles de la Couronne*» y, en 1765, Bochehier creó la escuela de dibujo y matemáticas llamada «*Ecole Nationale Supérieure des Arts Décoratifs*».

Los príncipes que deseaban inculcar en sus pueblos el amor por lo bello, sentar fama de cultos y dejar su nombre a la posteridad en la piedra inmortal de los monumentos, llamaron a sus cortes artífices extranjeros que preparasen a sus artesanos y artistas. Así aconteció en Alemania, donde se fundó en 1696, «*Die Königlische Akademie der Künste*» (Academia Real de Artes) de Berlín. Casi un siglo más tarde (1765) se establece la primera Escuela de Minería en Freiburg y en 1798, la Academia de Arquitectura.

Otro oficio que necesitó muy pronto un adiestramiento técnico, fué el de la guerra.

Es sabido que el Rey Sargento inició en Europa el ejército regular, permanente, nacional, esmeradamente entrenado y con una oficialidad salida de los roles nobiliarios.

La potencia que hubo de sufrir la primera en carne propia los resultados de tal innovación fué Austria. María Teresa fundó, como medida de defensa, en 1747, la «*Escuela Militar Austríaca*» en Viena. Acto seguido la imitó el monarca francés, creando la de Menzieres (1748). Federico el Grande estableció

una Ritter-Akademien especial para sus oficiales, en 1764.

En la víspera de la Revolución Francesa, el Duque de la Rochefoucauld-Lioncourt había fundado una Escuela de Artes y Oficios, iniciativa que vino a fructificar en el Conservatorio de Artes y Oficios de París (1798) y en la Escuela de Artes y Oficios de Angers (1804).

6. **Sumario.** —La enseñanza sistemática hasta el siglo XV tuvo carácter exclusivamente utilitario, de preparación a la clerecía. Juzgó indispensable el latín, vehículo de todo el saber de la época, porque era necesario en la carrera sacerdotal, de uso frecuente en las relaciones cancillerescas y en las cortes de justicia.

El Humanismo, aunque pretendió ensanchar ese programa hasta abrazar todas las ciencias y la filosofía, no logró introducir a permanencia más que la enseñanza gramatical y retórica de las lenguas clásicas.

Escuelas de Gramática, Universidades, colegios, academias y gimnasios, todos recibieron fundamentalmente la influencia eclesiástica directa o indirecta, católica o protestante, hasta el final del siglo XVII.

Su médula continuó adherida al ideal religioso, levemente modificado en su expresión más que en su contenido, por la influencia del Humanismo, del Renacimiento y la Reforma.

De las grandes potencias, las que primero toman conciencia de que han llegado a un florecimiento de su espíritu nacional son Francia, Inglaterra, y España.

En la primera, triunfa la didáctica jesuíta. Si la orden no hubiera aspirado al monopolio absoluto y no se hubiera convertido en una formidable potencia económica sus luchas contra los Jansenistas, los Oratorios y la Universidad de París, habrían sido menos enconadas y acaso evitado su espectacular expulsión.

Port Royal y los oratorios instuyeron la notable trayectoria por venir de la cultura francesa, y comenzaron a valorizarla en los colegios, tratando sistemáticamente el idioma y la historia patrias. Menos refractorios que sus contendores jesuíticos a la filosofía del siglo, se esmeraron en inculcar los métodos racionales de Descartes y las nuevas adquisiciones de las ciencias matemáticas.

Inglaterra, más atenta a la vida que a la especulación abstracta, necesitada de navegantes audaces, de traficantes y exploradores, gentes de iniciativa y de acción, acentuó la tradición caballeresca propia a templar los caracteres. Acomodó a las costumbres de la época las prácticas del entrenamiento deportivo y de la formación del «gentleman», del hombre que impone su hegemonía en dondequiera que vaya, y mantiene en su conducta esos ideales de superioridad viril que inmortalizaron a los Caballeros de la Tabla Redonda. Fiel al genio de su raza, su enseñanza da conquistadores en lides de paz.

España, sujeta más reciamente que ninguna de sus rivales, al monopolio eclesiástico sobre las conciencias,

perpetuó en ella y sus colonias el sentido místico de la vida y la enseñanza exclusivamente escolástica.

Las crisis económicas a que en Francia abocaron los regímenes de privilegios de los nobles y el clero, el ejemplo dado por las revoluciones inglesas, conquistadoras del derecho ciudadano para intervenir en el gobierno, las escuelas filosóficas que dieron auge a la experiencia y a la razón, concretaron sus voces en la de filósofos y economistas del siglo XVIII y desencadenaron la reacción voraz, sangrienta y de repercusiones universales que comenzó en la toma de la Bastilla, y que influyó de modo inesperado en los sistemas didácticos.

## CAPITULO II

### DESDE LA REVOLUCIÓN FRANCESA HASTA LA GRAN GUERRA

1: Introducción. — 2: Francia. — a) Las vicisitudes del estado docente; b) objetivos y programas; c) la enseñanza no humanística. — 3: Prusia. — 4: Inglaterra. — 5: Estados Unidos. — 6: Desarrollo de la Educación Secundaria para los jóvenes. — 7: Sumario: A fines del siglo XIX en Europa.

1.—Introducción.—Describir la multiforme amplitud alcanzada en los países europeos y americanos por la educación de la adolescencia durante el siglo XIX, es una tarea a que no aspira la brevedad de este análisis. Me referiré sólo a cuatro naciones: Francia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos. Francia, la

de la revolución, presidió nuestra independencia política, y nos encandiló el alma con su audacia intelectual, sus industrias fastuosas, sus poetas, sus artistas y hasta con sus políticos y sus bulevares. Los próceres de 1810 se embriagaron en las declaraciones revolucionarias. Sus hijos la elevaron a maestra de la cultura continental. Su influencia ha sido tan honda en estos países, incluso en Chile, que es imposible entender la evolución de sus sistemas docentes sin conocer los franceses.

Alemania la suplantó en la cátedra desde 1880, hasta 1914. Estados Unidos preside algunos de los cambios en la filosofía pedagógica actual. Para darse cuenta de la evolución didáctica de la República de Washington, precisa remontarse un poco a la de Inglaterra. He aquí por qué nos referimos a la segunda enseñanza de estos cuatro países.

a) *Las vicisitudes del estado docente.*  
—La revolución intentó poner en práctica cuantos planes se habían elaborado desde la aparición del «Emilio» (1), pero sus proyectos, escritos al filo de la guillotina, apenas si alcanzaron a plasmar en iniciaciones efímeras.

---

(1) La aparición del «Emilio» coincidió con la expulsión de los jesuitas (1762). El primero dió una nueva teoría pedagógica; lo segundo barrió con las fortalezas tradicionales de la segunda enseñanza, pero al mismo tiempo dejó a Francia con un gran déficit de maestros idóneos. De esta época, datan los primeros intentos de formar una Escuela Normal Superior. Rolland d'Erceville lo aconseja en el informe que pasó al Parlamento en 1768.

Junto con derrocar la monarquía y tremolar el lábaro de la libertad, igualdad y fraternidad, asestaron sus golpes al predominio eclesiástico que había aliado su suerte al derecho divino de los reyes.

Declararon en la Constitución de 1791, como obligación del Estado, la de suministrar gratuitamente la enseñanza y, lo habrían realizado de no mediar el torbellino revolucionario y la falta de maestros idóneos, que los preparados eran en su mayoría eclesiásticos, fugitivos o muertos, junto con la nobleza.

Sin embargo, en el último año de la Convención, se ampliaron las bases de la segunda enseñanza en forma hasta entonces no igualada. La Escuela Politécnica, la Escuela de Marte, la Escuela de Artes y Oficios y la Normal, el Conservatorio de Música, además de las Escuelas Centrales, son la cosecha abundante de ese período. Estas últimas, organizadas bajo el plan Daunon (1795), consistían de 3 secciones: la primera, para alumnos de 12 a 14 años, abrazaba dibujo, historia natural, historia y lenguas clásicas o modernas; la segunda, para adolescentes, de 14 a 16, matemáticas elementales, física y química; la tercera, para mayores de 16, gramática general, literatura, historia y legislación (1). Basta ojear este programa que alcanzó a practicarse casi una década para darse cuenta de cuán atrás había dejado al de los colegios secun-

---

(1) Véase: «Recueil de lois et réglaments concernant l'instruction publique depuis l'edit d'Henry IV en 1598, jusqu'à ce jour. (Paris, 1804-1828).

darios, de mediados del siglo. Ponía un énfasis tal en las ciencias que las llevaba al primer plano. Es, en realidad, el primer programa de humanidades con tendencia científica. Su reglamento interno constituía, asimismo, un avance notorio: recibían sus alumnos de las escuelas públicas y los dejaban aptos para ingresar a las escuelas universitarias de reciente fundación.

Las Escuelas Centrales tuvieron una existencia breve. El Consulado reorganizó de nuevo todo el sistema.

Por ley de 1.º de mayo de 1802 estableció 30 Liceos y Colegios Comunales «en que se enseñe francés, latín, los principios de la geografía, de la historia y de las matemáticas». Para un francés de la época, ese programa, que sería animado de una tendencia razonadora, científica y nacionalista, se ajustaba a su concepto de «escuela secundaria».

El Imperio sistematizó militarmente lo que el Consulado había puesto en manos de los particulares y las comunas. El decreto de 17 de marzo de 1808 reforzó la teoría del derecho del Estado para educar a los ciudadanos e ideó el sistema que, pese a variantes de relativa importancia, todavía cimenta la estructura pedagógica francesa. Pretendió algo más que centralizarla: crear el estado docente que mantendría el monopolio de la enseñanza en todos sus grados. Le imprimió un carácter nacional, servidor de los altos fines de la política imperial francesa y le dió una égida técnica, haciéndole depender del Gran Maestro de la Universidad de París.

«No podrá abrirse ninguna escuela, ningún establecimiento docente de cualquiera especie, fuera de la jurisdicción de la Universidad Imperial y sin la autorización de su jefe. Podrán mantenerse instituciones particulares privadas, siempre que sus directores obtengan la autorización del Grand Maître de l'Université y se conformen a los reglamentos que éste dicte» (1).

La educación secundaria se daría en los liceos nacionales (lycées, sujetos a la Universidad, en colegios comunales (collèges) mantenidos por las ciudades y en los establecimientos privados cuya apertura autorizara el Gran Maestro.

Se reglamentaron sus programas para que llevaran a los alumnos a las «facultades», con lo cual su carácter preparatorio a los estudios superiores quedó definido claramente. Incluían: latín, griego, francés, historia, mitología, geografía y matemáticas en los 5 primeros años; lógica, metafísica, óptica, astronomía o matemáticas superiores, historia natural, física y química en el sexto. En 1814, se añadió un séptimo año, dedicado especialmente a la filosofía (2). En su conjunto, sin embargo, este programa se parecía más al del antiguo régimen que al de las Escuelas Centrales ideadas por la Convención.

---

(1) «Atlas de l'Enseignement en France», preparado por la «Commission française pour l'Enquete Carnegie sur les Examens et Concours en France». (1933).

(2) «Comparative education». Randel, pág. 674.

El desastre de Waterloo proclama el triunfo de la «contrarrevolución». El retorno del gobierno a manos de los antiguos monarcas determina una modificación social que, naturalmente, hubo de repercutir en la política educativa.

El partido realista fomentó el regreso de las órdenes enseñantes y sobre todo la de los jesuitas y a quienes se restauró por Bula Solemne de 1814. Volvió a imponerse el espíritu de la *Ratio Studiorum*; perdieron las ciencias su importancia y las lenguas vivas pasaron, junto con la danza, la esgrima y la música, a la categoría de ramos optativos, pagados extra por quienes deseaban cursarlos.

La monarquía, sin embargo, quería conservar su carácter absoluto y no miraba con buenos ojos la derogación de la ley del estado docente que le pedían los ultrarrealistas, aliados con los elementos clericales. Se inicia así una lucha por el predominio docente, que ocupa todo el siglo XIX.

Principió el Papa por protestar de la libertad de cultos autorizada por la «Carta» de 1814 y discutir el principio mismo del estado docente, considerándolo una intromisión en sus derechos seculares y una fuente de impiedad para la juventud. En 1822 se logró la clausura (que sólo fué temporal) de la Escuela Normal Superior y el advenimiento del abate de Frayssinon al Gran Magistrado Universitario. En 1828 se creó el Ministerio de Instrucción Pública, con el Ministro como Jefe Supremo, incluso de la Universidad de Pa-

ris. A poco, recomenzaron los ataques y desde 1840 emprendieron una violenta campaña contra la Universidad «escuela de pestilencia, sentina de todos los vicios, incubadora de desalmados revolucionarios». Después de las barricadas de febrero de 1848 y del triunfo republicano, la alta burguesía—que había adquirido los derechos de la antigua aristocracia—se aterró ante la posibilidad del triunfo de las ideas socialistas y por ley de 1850 concedió lo que la Iglesia denominaba «libertad de enseñanza», que era la abolición del poder ejercido por el estado docente para permitir o no la fundación de establecimientos particulares y supervigilarlos.

Las únicas restricciones que permanecieron vigentes, estipularon que el Director poseyera ciertos requisitos y diplomas didácticos y que la instrucción impartida no fuera contraria a la moral, la Constitución y las leyes.

En el hecho, los colegios de las órdenes religiosas recibieron tan decidida protección que rivalizaron con los nacionales supervigilados por la Universidad.

La alta burguesía, después de la experiencia de esos años, se había dado cuenta de quienes podían ser sus aliados más eficaces, y de volteriana que fuera a fines del siglo XVIII, tornóse conservadora. Decretó de buen tono frecuentar las iglesias y enviar sus hijos a educarse en los colegios de ciertas congregaciones que fomentaban su devoción, sus opiniones políticas conservadoras y su aristocraticismo.

Desde su advenimiento, la tercera República trató

de recobrar las posiciones perdidas, lo que ha logrado en parte con las leyes de 1879, que confieren a la Universidad del Estado la exclusividad del otorgamiento de los títulos superiores (Bachillerato, Licenciatura y Doctorados); la de 1880, que abre la educación secundaria a las jóvenes; la de 1882, que proporcionó maestros competentes a la educación primaria y la ley de 1905 que restringe la existencia de los colegios congregacionistas.

La lucha no termina con esas victorias, porque la cuestión del control está aún palpitante: la Iglesia mira a una completa restauración de su monopolio sobre la educación de la juventud, a su juicio extraviada por los establecimientos del Estado.

El *Syllabus*, la encíclica *Cuanta Cura* (1864), el Concilio del Vaticano (1870), las encíclicas sobre los «Errores Modernos» (1878), la dirigida a los obispos de Hungría en 1886, que condena a «las escuelas llamadas neutras, laicas, creada para que los alumnos crezcan en la ignorancia completa de las cosas santas», y la reciente de Pío XI sobre la Educación Cristiana de la Juventud (1930), condenan la educación que se imparte fuera de la vigilancia sacerdotal y proclaman el derecho de la Iglesia docente como «absolutamente superior a cualquier otro en el orden natural» (1).

---

(1) Véanse: G. Weill. «Histoire du parti republicain en France de 1814 a 1870». E. Donault et G. Monod. «Histoire Contemporain», capítulo V y Randel, «Comparative education», cap. III.

b) **Objetivos y programas.** — Al Ministro de Educación Pública, M. Villemain (1840-1844), se debe la primera «Memoria sobre el estado de la educación secundaria en Francia». Reflejo de las opiniones del tiempo, contiene definiciones dignas de recordar: «La educación secundaria incluye el estudio de los idiomas clásicos, de la literatura, de las matemáticas y de las ciencias físicas, que deben preparar para las profesiones cultas, las grandes conquistas intelectuales y las principales ocupaciones de la sociedad. Está dedicada particularmente a aquéllos, a quienes los sacrificios de sus familias o la liberalidad del Estado o de las comunas les permite dedicarse al estudio, no sólo durante su niñez, sino también en aquellos años de juventud que en otros sectores se destinan a labores remunerativas» . . . (1).

La Segunda República trató de subrayar la importancia de las ciencias, cuyos grandes progresos eran ya visibles y darles, por lo menos, igual oportunidad que a las humanidades clásicas en los programas. En 1852 se ideó un plan que dividiría la enseñanza en tres ciclos: el primero, de dos años, preparatorio elemental; el segundo de tres, en que prevalecían los idiomas clásicos y la lengua francesa, y el tercero, bifurcado

---

(1) Op. cit., pág. 73. Obsérvese que ya la Escuela Secundaria ha perdido su carácter exclusivamente aristocrático. Se habla sólo de situación económica y no social, que no en vano habría pasado por el mundo la Revolución Francesa. Nótese también que no aparecen en el programa las lenguas vivas.

hacia el bachillerato en letras y ciencias. Dada la corta edad de ingreso a la preparatoria, se forzaba al educando para optar por uno u otro camino alrededor de los 14 años, cuando aun no se definen vocaciones ni aptitudes. Este defecto disminuyó el valor progresista del plan, que en su sección científica incluía matemáticas, mecánica, física, historia natural y dibujo (1). La Universidad y el público lo resistieron.

El Ministro de Educación Pública, Víctor Duruy, restableció el antiguo curso unilineal de acentuación clásica con algunas modificaciones que lo mejoraban y que en el fondo no han variado hasta ahora. El Bachillerato en Letras, se obtenía a la terminación de los 6 años. Uno más, llamado de matemáticas elementales, llevaba el bachillerato en ciencias y un tercero de «matemáticas especiales» permitía la entrada a la Escuela Politécnica.

Al mismo tiempo se inició la organización de un instituto secundario «moderno», a semejanza de las Realschulen de Prusia, que atendieran de preferencia a las necesidades del alto comercio y de la industria. En 1866 se creó una Escuela Normal especialmente para la preparación de profesores de estos planteles nuevos. Se pretendía que en los grandes puertos se enseñara, sobre todo, geografía y derecho comercial; en los distritos metalúrgicos, química aplicada; en los ru-

---

(1) El dibujo apareció por primera vez en el programa oficial de las Escuelas Centrales, pero después se le había suprimido.

rales, agricultura, etc. Sufrieron estas novedades, a la vez que de la incomprensión del público, de la falta de maestros idóneos y, sobre todo, del desdén de los universitarios. A pesar de todo lo cual, influyen en los programas aprobados en la gran reforma de 1902 y en el fomento de la educación técnica de segundo grado, a la cual nos referiremos en párrafo próximo.

El decreto orgánico de 31 de marzo de 1902 ordenó que la segunda enseñanza se basara en 4 años de primaria y durara 7, compartidos en dos ciclos, el primero de 4 y el segundo de 3 años. En los primeros, el alumno optaría entre dos secciones: una a base de latín y griego, y otra en que se reemplazaban los idiomas clásicos por el francés, las ciencias y el dibujo. Al terminar el primer ciclo «moderno», se suponía al alumno apto para salir a la vida con un bagaje redondeado de conocimientos. De proseguir estudios superiores, podía elegir entre cuatro planes diversos, porque cada sección se bifurcaba de este modo: 1.º) latín y griego; 2.º) latín y lenguas modernas; 3.º) latín y ciencias; 4.º) lenguas modernas y ciencias (sin latín).

Un decreto de 1905 completó la obra y reglamentó el plan de estudios, tanto de los 4 años iniciales (llamados preparatoria y elemental) como de los 7 de humanidades.

Véase su horario en el anexo N.º 1.

(Continuará).